Al final del pasillo

Era raro, sí, no sabía el qué pero algo pasaba. En el edificio conocido como Primera Ampliación, el diputado acababa de bajar por una escalera a obscuras desde su despacho, en una de las últimas plantas, hasta la primera. Allí, nada más salir al pasillo, frente a los ascensores, le había parecido ver un movimiento al fondo del corredor.

¿Qué hacía ahí el diputado? Intentaba salir del edificio. Eran más de la doce de la noche del domingo, o sea lunes ya, y se quería ir a casa. Había entrado por el garaje, bajando a pie por la rampa después de que el policía de la garita le abriese la verja. Esta vez, sin embargo, no volvería salir por ahí.

- Si sale Ud. Después de las doce, le dijo el guardia, salga por la puerta de Cedaceros porque hoy por culpa de las obras nos van a obligar a bloquear esa salida desde medianoche hasta mañana, van a inyectar cemento en el subsuelo.

- De acuerdo, respondió el diputado que se llamaba Javier, ¿habrá alguien allí todo el tiempo?

- Sí salvo el rato de la ronda. Si no hay nadie no se preocupe, enseguida le abriremos.

- Vaya, pensó Javier, eso espero, aunque no sería la primera vez que deambulo en la penumbra.

Javier salía de su despacho. Había llegado por la tarde a Madrid y había aprovechado para adelantar trabajo y revisar el correo electrónico. No era la primera vez que se quedaba hasta tan tarde en el Congreso, conocía incluso

donde estaba el cuadro de interruptores y fusibles que se desconectaban por las noches por razones de seguridad y que a veces él mismo abría y encendía o apagaba. Era divertido pasear de noche por esos edificios, se podía ir casi a cualquier parte del Congreso siempre y cuando no se abriese ninguna de las puertas que activaban la alarma como la que da al patio de Floridablanca.

Pero algo raro pasaba. Escuchaba sus propios pasos, podía oír el suave rumor que producía al cortar el aire moviéndose en el silencio, el ruido que provocaba el roce de sus brazos con el cuerpo, su respiración. La pesada puerta de hierro y cristal que separaba la escalera del corredor produjo un ruido seco que se perdió en el vacío, allí lejos donde nace el eco. Javier se quedó quieto. Un destello fugaz había llamado su atención por su derecha. Ese era probablemente el lugar con mayor perspectiva de todo el complejo del Congreso de los Diputados. Desde las escaleras de la Primera Ampliación hasta el final del pasillo del edificio rimbombantemente llamado Palacio había una larga recta que llegaba hasta los despachos de los vicepresidentes. Casi cien metros desde los ascensores hasta el final del corredor que incluía el puente sobre el patio peatonal. Un puente sobre el trozo de la calle Floridablanca que ejercía la función de patio del Congreso, casi patio del recreo, porque estaba enjaulado por las verjas del Congreso, la de la Carrera de San Jerónimo y la de calle Zorrilla. Ese tramo que contemplaba Javier desde los ascensores de la primera ampliación hacia Neptuno o el Museo Thysen mostraba con fidelidad el caótico proceso de ampliación que había sufrido la sede del Congreso. Al fondo, un pasillo noble y señorial que era el techo del de acceso al hemiciclo a ras de suelo, la llamada Galería del Orden

del Día. Desde abajo, cuando alguien pasaba por arriba, se oía el crujir de la madera oculta bajo las gruesas alfombras de la Real Casa de Tapices que tapaban el viejo parqué salvo cuando se enviaban a limpiar en los meses de verano. Otro fragmento de esa honda perspectiva correspondía al citado túnel, un pegote neo-neoclásico amarmolado construido en 1980 para comunicar el Palacio con la Primera Ampliación. Una construcción con reminiscencias venecianas dotada de una terraza superior a la que los funcionarios del Congreso salían a fumar y cuya principal característica eran las horrendas y sucias cortinas que cubrían sus ventanas. Después venía la Primera Ampliación, con otros materiales, suelos y colores, que era el lugar donde Javier había notado esa extraña presencia móvil, el punto en el que se encontraba junto a las escaleras y ascensores. Hasta la puerta de Cedaceros, su destino final, se extendía otro edificio conexo, la Segunda Ampliación, un ejemplo de cuan desafortunada puede llegar a ser la arquitectura, no ya por el uso inverosímil, sin voluntad de perdurabilidad y sin ningún tipo de gusto y coherencia de materiales, espacios y volúmenes, sino por su aspecto externo y por la herida que había provocado en la piel de Madrid. Para levantarlo se había derribado una magnífica manzana de viviendas isabelinas que había conseguido sobrevivir prácticamente intacta hasta bien entrada la década de los ochenta. Por cierto, lugar natal de Santa Sor Maravillas que nació más o menos por donde ahora están los despachos del Grupo Catalán.

Javier dio la espalda al largo corredor y, con cierto vértigo en el estómago, se giró hacía el otro lado, hacia la puerta de Cedaceros, la salida que debían franquearle los policías y que estaba todavía a una distancia considerable.

Hacia allí unas puertas y un ángulo que rompía cualquier lógica geométrica impedían ver el final, y por tanto continuar la perspectiva desde el comienzo del deslabazado edificio de la segunda ampliación. Una edificación sin gusto que, al menos en esa planta tenía el suelo al mismo nivel que los más antiguos sin intercalar pisos bis. Pero Javier se detuvo. Y se giró. Además del fogonazo que acaba de ver creyó oír algo, quizás un chasquido de esa vieja madera del corredor que se hundía al pasar.

- Debe ser la ronda, se dijo. Y como la oscuridad hacia la puerta de Cedaceros era total prefirió dirigirse hacia Palacio, hacia el fondo del larguísimo pasillo tan conocido por los cuadros que ahí se exhiben, retratos de los presidentes que ha tenido la Cámara, tan variados como los estilos de las diferentes ampliaciones, y alguna obra representativa de la escuela histórica española del XIX como los Comuneros, Padilla, Bravo y Maldonado en el Patíbulo, de Antonio Gisbert, y el Compromiso de Caspe, de Dióscoro Téofilo Puebla Tolín, cuadros contemporáneos del propio edificio que Isabel II mandó construir. Un pasillo que nunca se queda a obscuras del todo aunque estén apagadas sus cargadas lámparas doradas gracias a las cristaleras traslúcidas que dan a los patios del viejo Palacio.

Javier comenzó a caminar, ni lento ni deprisa. Cruzó el puente y le pareció que habían renovado la cortinas, unos estores de apariencia sintética parecían haber reemplazado las sucias telas aunque la oscuridad no permitía saber su grado de limpieza. Continuó. Se extrañó de no ver aparecer a policía alguno. No se oía nada. Imaginó que en cualquier momento aparecerían por alguno de los pasillos laterales que dan a la galería central, probablemente iluminando

con una linterna el camino aunque tampoco estaba seguro de eso. No podía recordar si la ronda de noche se hacía iluminando el camino con linternas o simplemente aprovechando la luz que filtraba la noche y el resplandor verduzco de las luces de emergencia que marcaban las lejanas salidas.

Un ruido grave le sobresaltó al mismo tiempo que sintió un cambio en el suelo. Era el viejo parqué que no sólo crujía sino que daba la sensación de abombarse exageradamente a su paso. Se sintió inseguro. Sin duda ese ruido le delataba, aunque ¿acaso tenía algo que ocultar?

Avanzó tres o cuatro pasos más ya en el corazón del viejo edificio. La luz, el olor de los materiales, lo que flotaba en el ambiente no tenía nada que ver con lo que se percibía al otro lado del feo puente ochentero. Ese edificio tenía el aura de las viejas construcciones en las que habían pasado muchas cosas. Un espacio que había sobrevivido casi incólume al paso del tiempo a pesar de los profundos cambios que se habían registrado en todo lo que lo rodeaba.

Se detuvo y tuvo miedo de seguir. Hacia el fondo sólo había negrura y silencio, una penumbra apenas disimulada por el tímido resplandor traslúcido de las claraboyas que daban a la calle Fernanflor y que escondía el pasillo final que llevaba al despacho de la vicepresidencia primera. Nada indicaba que los policías que debían abrirle la lejana puerta de Cedaceros andaban por allá.

Miró a su izquierda y contempló la silueta parda del enorme cuadro oscuro que colgaba de la pared más o menos en la mitad del corredor, la ejecución de los

comuneros. Distinguió unas siluetas en la escena. Las partes blancas de los hábitos de los frailes y monjas que los acompañaban en su momento final brillaban en la noche. Era, pensó Javier, esa especial relación con la muerte que siglos después todavía servía de justificación para mantener ritos católicos y a curas castrenses en el ejército. Los delegados o subdelegados de la muerte, el clero, quién lo iba a decir, pensó Javier.

Javier se quedó clavado, petrificado. La escasa luz que filtraban las cristaleras prácticamente desapareció como si una nube muy negra se hubiese posado sobre la plaza de las Cortes. Notó el latido de su corazón.

- ¿Hay alguien ahí? Preguntó Javier.

- Hola, dijo otra vez.

Algo le decía que algo raro pasaba. Pensó, - si ahora desaparezco o me pasa algo nunca nadie sabrá lo que me pasó. Miró hacia su izquierda, hacia el puente y sólo vio ese largo espacio vacío, inerte y quieto que desaparecía en la penumbra del ángulo que llevaba a la segunda ampliación.

Pero había otra dirección. Se giró del todo dando la espalda a los comuneros y ahí, frente a él, apenas a un metro descubrió a un hombre que le miraba fijamente.

Javier gritó del susto, - ¡aaaahr!, un grito alto y hondo que le estremeció de tal manera que no pudo evitar llevarse la mano al pecho. Buscó un apoyo pero no lo encontró, así que su única reacción fue, tambaleándose hacia atrás, alejarse

de la triste figura que lo contemplaba, serio, sin mostrar sobresalto alguno pero también con cierta curiosidad.

- ¿Quién es Ud.?, acertó Javier a decir, ¿de seguridad?, continuó, ¿de la comisaría de abajo?

El hombre dio un paso alejándose del reloj de pared junto al que se encontraba. Javier dio un respingo.

- No, respondió, y no se asuste, no le voy a hacer nada.

Javier sintió que el corazón volvía su sitio aunque todavía sentía dolor físico en el pecho tras el susto.

- Ah, ya, contestó Javier mientras miraba hacia el lejano puente con ansiedad, con la esperanza de ver aparecer a los policías nacionales.

- Han pasado hace rato y se han ido arriba, dijo el extraño, no creo que vuelvan a pasar por aquí, aunque nunca se sabe.

Javier lo miró de arriba a abajo. Llevaba un traje con chaleco que parecía marrón oscuro, quizás de otro color oscuro con alguna trama tipo Príncipe de Gales. Iba bien peinado, muy afeitado, aparentaba unos 60 años bien llevados con un porte muy elegante. Su rostro alargado tenía un aire inglés, como el de esos actores clásicos de teatro ya veteranos que combatieron en la Segunda Guerra Mundial.

- ¿Qué hace Ud. aquí? Preguntó Javier.

- ¿Yo? Respondió con una sonrisa, yo siempre me doy una vuelta por aquí la noche del 27 de septiembre.

Al diputado, a Javier, una extraña idea le pasó por la cabeza, - no preguntes más, no sigas, qué más te da qué hace aquí este abuelo. Pero fue incapaz de irse.

- ¿Y eso?, la voz le tembló al hablar.
- Porque un 27 de septiembre morí en prisión. Y durante años deambulé de noche.

Por un instante Javier creyó que se trataba de una broma, que podía ser un engaño, algo incluso preparado por sus compañeros, pero tras unos segundos de duda y cierta zozobra, de nuevo inmerso en ese océano de silencio y penumbra creyó que no, que podía no ser verdad pero algo raro pasaba.

- Ah, exclamó muy bajito. Yé ¿quién es Ud.?

El eco de sus palabras frente a los solemnes comuneros le hizo sentir una intensa y profunda pesadumbre. Se asustó y sintió miedo e indefensión. Una pesada sensación de agobio, de preocupación repentina, volvió a impactarle en el pecho consciente de que broma, engaño o realidad había entrado en el juego, caído en la trampa o comenzado una increíble conversación.

- Soy, dijo el caballero, soyé , pareció dudar, bueno, eraé , soy, porque soy, Julián Besteiro, encantado.

Y le tendió la mano a Javier que fue incapaz de rechazarla. Se estrecharon educadamente la mano.

- ¿Y Ud., señor? Continuó Besteiro.

Javier, con un gesto de digna coquetería, estirando el cuerpo y colocándose bien la chaqueta de verano que llevaba esa noche de septiembre, una noche ya no tan calurosa, le respondió.

- Javier Domeño, soy diputado, he estado trabajando un poco en mi despacho.

- Ah, dijo el viejo caballero, fue una exclamación pronunciada muy bajito.

Un incómodo silencio se apoderó de la situación. El diputado miraba fijamente al que decía ser Julián Besteiro sin acabar de reaccionar en sentido alguno. Había superado el susto inicial, un susto provocado por una presencia inesperada, nada más, pero seguía sin procesar totalmente el significado de las palabras del imprevisto caballero. Javier le miraba tranquilo, fijándose en su traje, con un corte y volumen de tela de otro tiempo, elegantemente característico de otra época.

- ¿Ha dicho Ud. Julián Besteiro? Preguntó Javier. ¿Cómo el político republicano?

- Sí, respondió, igual que él. Como el Presidente de esta casa entre 1931 y 1933, y diputado, claro, y Presidente del PSOE y también de la UGT. Exactamente igual que él. Es más, soy él. Somos la misma persona.

- ¿Cómo que Ud. es él? Javier seguía sin darse cuenta de lo que estaba sucediendo.

- Soy Julián Besteiro, bueno, lo fui una vez. Soy su fantasma, para que me entienda. A veces vengo por aquí a dar una vuelta.

Javier por fin se dio cuenta, o creyó hacerlo, de lo que tenía ante sí en ese pasillo. Sintió una extraña sensación, un vértigo que surgía detrás de los ojos y que reventaba como dos chorros divergentes hasta las sienes para después descender hasta su pecho, estómago y final del abdomen. Fue un vahído similar al que te invade cuando se siente y explota el barco en una borrachera y pareces caer al vacío hacia atrás.

Pero no se asustó, sólo sintió una profundísima zozobra en medio de ese silencio y esa incompleta oscuridad.

- Pero, murmuró, no puede ser. No es posible. Javier no supo decir más.

- Créame, replicó Besteiro con un gesto que parecía intentar restar importancia al hecho. ¿Me cree ahora?

Javier vio con suma tranquilidad como el elegante caballero levantaba el brazo izquierdo y lo introducía en el interior del reloj de pared que alguien había colocado enfrente de los pobres comuneros. El brazo subía y bajaba, atravesando la pared de madera del artefacto sin mayor complicación.

- Pero, dijo Javier, si nos acabamos de dar la mano y era de carne y hueso.

- Sí, respondió Besteiro, mientras volvía tenderle su mano derecha para, esta vez, atravesar la de Javier como si fuera un reflejo, aire, una proyección o un holograma.

- Ya ve, puedo elegir.

Javier pensó, -tengo que decir algo, pero algo coherente, que tenga sentido, algo que no me haga quedar como un imbécil, que venga a cuento.

- Yé , comenzó Javier, Yé

- ¿Sí? Julian Besteiro le animó a hablar con la mirada, continúe, continúe, pregunte, dijo.

- ¿Decía Ud. que suele pasear de vez en cuando por aquí?

- De vez en cuando no, respondió, sólo las noches del 27 de septiembre, aunque antes salía más. Es el día que morí en la cárcel de Carmona, en 1940, de septicemia, tras un año preso en el que me llevaron de un penal a otro, Porlier, El Cisne, Dueñasé y finalmente Carmona. Nunca supe muy bien por qué Franco renunció a fusilarme como a todos los demás. No sé si tuve suerte viviendo ese año fatídico. Morí esperando a los europeos, esperando noticias de los que se marcharon al exilio porque nunca perdí la esperanza aunque mi corazón todavía latía cuando Hitler había invadido ya toda Europa. Viví aquel tiempo horrible y morí junto mi mujer, Dolores, que fue depurada, separada de la carrera docente, represaliada como tantos, y que a pesar de todo vivió hasta 1973. Y por eso vagué de noche, primero en el penal de Carmona para susurrar ánimo a los presos que resistían en compañía de aquellos curas vascos que aunque defendieron el alzamiento y tanta muerte y asesinatos, con todo, intentaban ayudarnos. Después, cuando acabó la guerra en Europa, por Madrid, intentando comprender por qué el franquismo había logrado cristalizar y convertirse a ojos del mundo en algo normal incluso para muchos de los que combatieron junto a nosotros.

Javier no se atrevía a interrumpirlo, estaba fascinado, hechizado por la elocuencia de aquel hombre, de ese espectro.

- Después, continuó Julián Besteiro, cuando Dolores y tantos otros lograron trasladar mi cadáver, bueno, mis restos, lo poco que quedaba en 1960 al cementerio civil de Madrid comencé a pasear por este edificio. Al fin y al cabo soy el único Presidente de esta casa que murió encarcelado y pensé que mientras Franco viviera no debía dejar solos a aquellos procuradores en Cortes, algunos, los mismos falangistas que me detuvieron en 1939 en el Ministerio de Hacienda, aquí cerca en la calle de Alcalá. Fui aplazando la fecha de mi retirada definitiva, primero al fin del régimen, luego al regreso de la democracia, después a la victoria de mi partido, del PSOE, en 1982, y ahora creo que ya no me retiraré nunca. Cada vez coincido con menos gente por aquí pero no me importa demasiado.

- ¿Cómo que coincide con menos gente? Preguntó Javier
Besteiro continuó.

- Por ejemplo, Diego Martínez Barrio, que presidió el Congreso durante la Guerra Civil, venía de vez en cuando mientras estuvo enterrado en París donde murió. Desde que trasladaron a Sevilla lo que quedabas de él, no hace mucho, el año 2000 creo, ha dejado de venir. Me alegro por él. Una vez me encontré con Santiago Alba Bonifaz que también presidió las Cortes en la República entre Diego y yo. Le pregunté porqué había regresado del exilio, de Portugal, cuando acabó la Segunda Guerra Mundial. No supo que responder y no le volví a ver. Por aquí pasa mucha gente, mucho curioso, pero fijos, habituales, ya sólo quedo yo.

- ¿Damos un paseo?

A Javier le pareció una buena idea y asintió con la mirada, con una tímida y serena sonrisa que demostraba que había perdido cualquier resto de temor.

Caminaron hacia el puente, hacia Floridablanca, y al llegar a las escaleras giraron hacia la izquierda. Eran unos peldaños peligrosos, con o sin alfombra, con alfombra esta vez, por lo que descendieron despacio.

Ya abajo, giraron a la derecha y cuando llegaron a la puerta del hemiciclo Julián Besteiro exclamó, -mire, aquí estoy yo, un buen busto aunque un poco delgado y mayor para mi gusto, aunque la compañía de Sagasta, Cánovas y Argüelles no está mal.

Besteiro continuó.

- Dígame, aunque no parece Ud. muy hablador, ¿cómo está las cosas? ¿cómo ve Ud. la situación?

- Podían ir mejor, respondió Javier, no vivimos ni el mejor momento político ni el mejor momento económico, eso es evidente. En realidad la situación política, el clima, la percepción ciudadana, el día a día es bastante malo desde hace varias legislaturas, el grado de confrontación y crispación no ha hecho más que aumentar y si parecía que no era así se debía a que la economía, la burbuja de crecimiento y mal cimentado bienestar de los últimos años lo disimulaba todo.

- No hemos sido capaces como país de resolver algunos problemas que deterioran gravemente la imagen y la credibilidad de las instituciones democráticas como el funcionamiento de la justicia, la incapacidad de los principales partidos para alcanzar acuerdos de Estado sobre cuestiones

básicas, o el abuso permanente de la utilización partidista de cuestiones como el terrorismo, las discusiones identitarias y de símbolos, o para cerrar filas ante escándalos de corrupción. Cuando las instituciones democráticas se utilizan para azuzar la confrontación perdemos todos, concluyó Javier.

- Ya veo, respondió Besteiro, nada nuevo por otra parte, ya sabe Ud., España lleva más de dos siglos intentando ser una democracia joven y esta vez parece que lo ha conseguido, pero lo es así, joven e imperfecta. En mis tiempos no pasó de la más tierna infancia, un periodo en el que todavía no se es responsable de la mayoría de tus actos.

Besteiro continuó, - me imagino de qué grupo parlamentario es Ud., pero no me lo diga. Ya lo adivinaré o lo sabré más adelante, hoy o en otra ocasión si se brinda la oportunidad. No tengo muchas oportunidades de charlar con colegas y todo lo que me ha contado me ha parecido muy sensato.

Dejaron atrás el busto y continuaron por el amplio corredor de la Galería del Orden del Día completamente acostumbrados a la casi total oscuridad hasta que llegaron a la mitad del mismo. Ahí, exactamente en la vertical del cuadro de los comuneros donde se habían encontrado, giraron a la derecha, hacia la Puerta de los Leones.

- El Salón de los Pasos Perdidos, explicó el fantasma, o Salón de Conferencias, que es su verdadero nombre aunque sea una sala cualquier cosa menos práctica para ese tipo de cosas. Uno de los lugares donde se han producido más decisiones, más conversaciones discretas pero trascendentales. Un lugar donde se han vivido escenas irrepetibles de nuestra historia reciente con el medallón de D. Emilio Castelar, el campeón de oratoria del XIX, ahí

arriba al fondo, una joya modernista de Mariano Benlliure. Es una pena que casi no se vea sin luz, como el resto de la bóveda de Vicente Camarón con sus alegorías que demuestran la sana ingenuidad intelectual del XIX.

Javier miró hacia arriba y apenas pudo distinguir algunas sombras, los ángulos que formaban paredes y techo, las superficies de las molduras, las pilastras decorativas con ricos dorados y estucos, las formas difusas de los medallones con los rostros de los oradores destacados en el XIX. Una oscuridad imperfecta gracias a los espejos y a la luz que misteriosamente llegaba, o que quizás se reflejaba o concentraba y parecía brotar de ahí arriba, de la cristalera que culminaba la bóveda. Se animó a preguntar.

- Y Ud., ¿sigue la política de hoy? ¿qué le parece?

El viejo presidente de la II República se detuvo, Javier pudo distinguir claramente sus rasgos, el brillo de sus ojos. Por un momento pensó que quizás lo que les permitía verse tan claramente en medio de ese extraño crepúsculo salía del propio Besteiro.

- Claro, respondió, aunque cada vez menos, como le decía antes cada vez me encuentro a menos gente y cualquier día dejaré de venir. Lo que Ud. ha dicho antes es verdad, pero creo que poco a poco todo se arreglará y los viejos fantasmas ya no seremos necesarios. Cada generación debe hacer lo que le corresponde y saber pasar el testigo a la siguiente. Nosotros no pudimos hacerlo porque nos echaron, pero yo, personalmente, estoy satisfecho con lo que la suya está haciendo. Por supuesto a veces se cometen errores, personales, de partido, de gobierno, y de ellos se aprende. Por ejemplo,

nosotros cometimos uno muy claro, quizás el único grave del Partido Socialista, del PSOE, que fue apoyar la Revolución de Asturias de 1934, o al menos no ser muy claros respecto a ella, aquello nos partió por la mitad. Hoy en día es inimaginable algo así, sobre todo en la izquierda, creo que los principales problemas, sin duda menores, están en la derecha que sigue excesivamente condicionada por lo que pasó en un siglo XX con el que por otra parte presume de no tener que ver nada.

- Sí, así es, añadió Javier, pero la izquierda, los movimientos progresistas también tienen problemas, no hay más que ver cual es la tendencia electoral en Europa, en el mundo incluso a pesar de Obama y alguna otra excepción.

- ¿Sí, cuales? Preguntó Besteiro con ánimo de provocar al diputado, ande, dígame cual cree Ud. que es el principal problema de la izquierda hoy porque yo no se lo voy a decir. Ud. es el que es hoy diputadoé

- Pero habíamos quedado en que no le iba yo a decir de qué grupo era, añadió Javier divertido.

- Y no lo va a hacer, respondió Besteiro, haga el favor de pensar y responder a mi pregunta, me voy a tener que marchar enseguida.

Javier, frente al fantasma bajo el bajorrelieve de Castelar, hurgó en su cerebro, repasó su vida política, sus experiencias, casi reproduciendo ese mito que dice que cuando se va a morir toda la vida se recrea en un instante.

- No son los principios ni los valores, comenzó Javier, Besteiro asintió con un gesto de satisfacción, como el del padre que ve actuar a un hijo con brillantez.

- Puede ser la falta de resultados, continuó Javier, la mezcla de prioridades claras y de gran solidez ideológica con cuestiones ajenas a nuestro ideario

como los intereses locales o territoriales. La falta de ideas para acometer retos nuevos desde los principios de siempre, o el caer recurrentemente en la trampa de la derecha defendiendo políticas desde sus principios, en su paradigma, como por ejemplo considerando irremediables o inevitables cesiones concretas por motivos como por ejemplo la globalización o la supuesta infalibilidad de los mercados.

- Exacto, muy bien dijo el viejo presidente, ¿y entonces qué?

- Entonces, continuó Javier, hay que saber adoptar medidas en el ámbito adecuado, en el que se producen los hechos que condicionan la realidad. Esos hechos responsables de las injusticias que queremos evitar. Sólo así podremos seguir reforzando en nuestra sociedad tanto el sistema democrático como los principios de igualdad, libertad y bienestar que defendemos, aunque haya que hacerlo a escala global.

- Creo que ya lo tiene, dijo Besteiro, lo acaba de decir.

Javier sintió una extraña lucidez casi sobrenatural.

- A escala global, repitió Javier, sí, es imposible resolver los problemas de hoy como los económicos y sus consecuencias si no actuamos a escala global, la izquierda debe recuperar como elemento esencial, el principal, su dimensión internacional. La izquierda siempre fue internacionalista y ahora se ha encerrado en viejos y pequeños países y regiones mientras que la derecha vía mercados, vía globalización, a través de esas fuerzas que nos venden como irreversibles o cuasinaturales ha llevado sus principios, la desregulación, el aprender a convivir con la desigualdad como algo intrínseco a las sociedades humanas, a todas partes.

- Tiene Ud. que trabajarse un poco más la parte final de su discurso pero no va mal, dijo Besteiro.

ï Mire, continuó, vamos a mi despacho, siempre acabo ahí mi paseo.

Giraron a la izquierda sin llegar a entrar en el espléndido vestíbulo del Palacio, la otra gran sala noble del edificio cuya enorme puerta a la Carrera de San Jerónimo sólo se abre en las ocasiones especiales. El célebre Vestíbulo Principal o de la Reina custodiado por la estatua de mármol de Isabel II obra de José Piquer y Duart.

Javier cambió de tema, - ¿Es verdad esa historia que cuentan sobre el crucifijo de su despacho?

- No sé exactamente que habrá escuchado Ud., respondió el fantasma, yo siempre tuve uno en mi despacho, una magnífica pieza, una obra de arte símbolo de uno de los periodos históricos de máximo esplendor de nuestro país, aunque fuera un esplendor que poco o nada tuviera que ver con los valores y principios políticos y democráticos que defendemos Ud. y yo. Era otro tiempo.

- Me da la sensación de que tras décadas de cierta ignorancia artística, de tanto destrozo artístico, arquitectónico y monumental la sensibilidad por esas cosas ha cambiado un poco, dijo Javier.

- Me alegra escuchar eso, continuó Julián Besteiro. Se trata de un cristo de marfil que algunos atribuyen al artista renacentista Benvenuto Cellini, discípulo de Miguel Ángel, el mismo que esculpió el de El Escorial. Cuando era Presidente me lo echaron en cara y se armó cierto escándalo porque yo respondí a ciertas críticas preguntando, ¿no creen ustedes que Cristo fue, en

cierto modo, socialista? Esa fue mi respuesta, el tema quedó zanjado, no se volvió a hablar.

- ¡Qué bueno!, dijo Javier, no lo sabía.

- Pues sí, había incluso quien decía que había pertenecido a San Francisco Javier. También se cuenta que su supuesto autor, Benvenuto, un florentino del XVI, era un tipo que representaba como nadie el espíritu del renacimiento, extravagante, culto, viajero, cosmopolita, políglota, presunto criminal, seductor empedernidoé Un lujo de artista.

- El actual Presidente actual, explicó Javier con entusiasmo, cuando lo recuperó y lo colgó junto al cuadro de Asterio Mañanós que representa con detalle una sesión del Pleno, del Salón de Sesiones como creo que se llamaba antes, dijo que somos hijos de nuestro tiempo pero también de nuestra historia. Parece que los expertos del Museo del Prado van a estudiar su autoría.

- Qué bueno, ya veo que hay debates que se repiten y repiten, qué país, concluyó el elegante fantasma.

Pasaron junto a los soportes rematados con una corona donde colgaban las mazas que los ordenanzas portaban en las ocasiones solemnes cuando desempolvaban su uniforme de Alicia en el país de las Maravillas, el petis. Los enormes ornamentos metálicos que sólo podían acarrear los ujieres más fornidos brillaban en la oscuridad junto a un inmenso tapiz. A continuación estaba la puerta del despacho del presidente, en realidad de la antesala que daba al mismo coronada por una triste tabla pintada a mano que decía Presidencia.

- Voy a entrar a ver el crucifijo, dijo Julian Besteiro con un gesto de resignación, me temo que ha llegado la hora de despedirnos.

- Ya, respondió Javier con una mueca de tristeza, ¿y qué va hacer Ud. ahí?

- Nada especial, me sentaré un rato en mi butaca, contemplaré el despacho, descubriré los cambios que pueda haber, y luego me marcharé.

- ¿A dónde irá?

- Ah amigo, eso no se lo puedo contar, al menos hoy. Le deseo mucha suerte, Javier, a Ud. y a todos los que andan por aquí, y a todo el país, ya sabe.

Javier y Julián Besteiro se estrecharon de nuevo la mano, despacio pero con fuerza. Javier sintió el calor de su cuerpo, la textura de cada uno de sus dedos, de la palma de la mano. Se miraron por última vez y Julián Besteiro se giró hacia la puerta de madera del despacho, dio un paso y la atravesó limpiamente. Hubo un instante en el que medio cuerpo estaba dentro y otro medio fuera como si se sumergiera en el agua o se internara en un denso banco de niebla vertical.

*****